CAPITULO XI.

SOSPECHAS DE MARCIO.—SU RESOLUCION.—ENTREVISTA CON EUTIMA.—LOS ACONTECIMIENTOS DIARIOS DE LA CIUDAD Ó DEL PUEBLO ROMANO.—UN PENSAMIENTO.

Marcio se paseaba inquieto de un lado á otro de su cuarto.

El odio hácia Plinio habia ido creciendo desde que llegó casi á persuadirse de que Eutima le amaba.

—Los dioses quieren—exclamó deteniéndose de repente—que mi prima sea la vengadora de lo que he hecho padecer á otras mugeres en el mundo. Pero ¿qué me importan los padecimientos de los demas?..... ¡Oh!..... si llego á cerciorarme de ese amor de que casi tengo una evidencia, pondré en juego todos los medios para destruirlo y triunfar. Crémes está al acecho de todas las acciones de Eutima, y me dará razon hasta de los mas insignificantes pasos de ella. Pero esto no es bastante: yo necesito saber qué lugar ocupo en su corazon; si mi amor será ó no correspondido, y si podré algun dia llamarla mia. Sí; esto es lo que necesito saber: hasta ahora me he limitado á indicarla mi cariño, á alcanzar una sonrisa de sus labios; hoy que temo que exista un rival, necesito hablarla con franqueza; confesarla que mi amor es de ella, y pedirla que me manifieste sin ambajes ni rodeos si ama á otro ó será mia. Sepamos de una vez lo que debo esperar, para que así pueda obrar con acierto y con firmeza.

Al terminar estas palabras, Marcio se puso el manto y se dirijió á casa de Eutima.

La bella hija de Diómedes se paseaba sola en el peristilo de su agradable casa de campo.

—Mucho me alegro, prima mia, de encontrarte sola; sin importunos acompañantes—dijo Marcio al llegar donde estaba su prima.

—¿Por qué?

—Porque deseo hablarte de un asunto de la mas alta importancia para mí.

Eutima comprendió fácilmente cuál podia ser aquel asunto, y tratando de evitar que de él le hablase, se apresuró á contestarle:

—Otra vez podrás decirme lo que ahora deseas comunicarme; voy á entrar al tocador y no quisiera detenerme.

—Lo que tú no quieres es oirme; que deje de sufrir, de padecer, de ser desgraciado.....

—Veo con sentimiento, que tu juicio no me favorece mucho—exclamó Eutima sonriendo.—No me lisonjeo por cierto de poseer todas las virtudes; pero tampoco creí que mi corazon fuese tan despiadado como tú lo acabas de presentar.

—Despiadado lo es solamente conmigo: para los demas es el mas bueno y generoso de la tierra.

—¡Ah!..... con que solo para tí es cruel y terrible?.....

—Eutima, no te burles de mi dolor.

—¡Yo burlarme!..... No lo permitan los dioses!

—Mi vida es la de un sér sin reposo ni tranquilidad: el sueño se ha alejado de mis párpados; la paz ha huido de mi corazon y la alegría ha abandonado mi pecho. Te amo, y mi amor que necesita del tuyo que es el aire, el cielo, la luz de mi existencia, sufre hoy el constante martirio de la duda. Pero es preciso que este martirio termine. Dándome la muerte serias menos cruel que manteniendo en mí la incertidumbre de lo que debo esperar de tí. Por eso exijo de tí que me contestes con franqueza á la pregunta que van á pronunciar mis labios.

—No parece sino que vas á revelarme un secreto inaudito.

—Responde, Eutima, ¿me amas?

—¡Vaya una pregunta!—exclamó Eutima sonriendo para disimular su sorpresa y el cuidado en que la ponia la exijencia de su primo.—No puedo sino querer á un primo que siempre se ha manifestado galante conmigo.

—No pregunto si me quieres como á un amigo, sino si me amas como á amante.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para morir de pena ó vivir de placer.

—Déjate de exajeraciones, y hablemos de otra cosa.

—No; yo no puedo hablar mas que de mi amor en este instante; el prudente enfermo que desea conocer á punto fijo su suerte, pregunta al médico si su enfermedad tiene remedio ó carece de él; yo estoy enfermo de amor, y vengo á saber de tí si debo esperar remedio á sus dolencias ó si moriré con tus desprecios.

—No creo que te haya dado motivo á que interpretes ninguno de mis actos como desprecio.

—Responde; ¿me amas? Sí, ó no.

—Yo amo á todos los séres que forman mi familia.

—Yo quiero otro amor: el que se consagra al sér con quien deseamos unirnos. ¿Me amas de ese modo?

—Esa pregunta que tú me haces, aun no se la he hecho yo á mi corazon: déjate, pues, de indagar lo que ni yo misma quiero saber, y permíteme que entre al tocador.

—Ese empeño en evitar una contestacion categórica, me basta para comprender lo que pasa en tu alma.

—¿Sí?

—Sí.

—Puedes engañarte.

—No. ¿Quieres que te diga el secreto de tu corazon?

—¿Para qué?

—Tú amas á Plinio.

Eutima se estremeció, y sus mejillas se bañaron con el purpúreo tinte del carmin.

—Le aprecio—contestó la bella tratando de ocultar su rubor—como se debe apreciar al hombre que se ocupa en defender los intereses de mi padre.

—No: le amas; ¿es verdad?

—Si te dijese lo contrario, no lo querrías creer, y por lo mismo evito el contestar á tu pregunta.

—Siempre evasivas.

—¿Ademas, cómo se puede amar al que no nos ha dicho que nos ama?

—Fácilmente.

—¿Lo crees tú así?

—No solamente lo creo, sino que lo sé positivamente.

—¡Cómo!

—Tú nunca me has dicho que me amas, y sin embargo de eso yo te adoro. Ya ves, pues, si se puede amar al que no nos ha confesado su amor.

—Nunca se debe juzgar del alma de las demas por los afectos de la nuestra.

En aquel instante llegaron dos esclavas de la hermosa jóven al sitio del diálogo.

Eutima, que habia tratado de ganar tiempo para evitar una contestacion que revelase el secreto de su alma, bendijo interiormente la presencia de sus siervas.

Marcio dejó ver en su rostro una señal de disgusto.

El objeto que le habia conducido á aquel sitio, no llegó á alcanzar el resultado que se habia propuesto.

La duda quedaba en pié.

Las contestaciones de Eutima, lejos de calmar sus sospechas, no habian conseguido otra cosa mas que prestarles mayor fuerza y colorido.

Marcio iba á dirijir la palabra á su prima cuando llegó el esclavo Medon de la ciudad con unas tabletas (1) en la mano.

—Aquí teneis, señora, las tabletas que vuestro padre y amo mio os envia para que leais.—dijo el anciano entregando á la hija de Diómedes las que llevaba.

—Está bien.

Eutima tomó las tabletas, y Medon se retiró.

—¿Es alguna nueva produccion de Plinio?—preguntó Marcio.

—Nada de eso.

—Pues ¿qué es?

—Los *Acontecimientos diarios de la ciudad*, en que, como sabes, se refieren todos los sucesos del instante.

—Ya; la lectura favorita de las mugeres para entretener el tiempo mientras las peinan y visten.

—Ciertamente. Ya ves que mi padre tiene placer en que yo esté al tanto de los acontecimientos mas notables, y que no solamente me proporciona las tabletas en que se relata lo

[1] *Tablilla cubierta con una capa de cera en que se escribia con punzon ó* estilo.

que en Pompeya pasa, sino que me compra tambien las de Roma que es la ciudad de los grandes sucesos.

—Sí; tu padre se complace.....

—En que nada ignore; y merced á esa lectura tuve noticia de algunas de tus gracias en Roma—dijo Eutima con intencion, fijando los ojos en Marcio.

Este se turbó; pero recobrando al punto su serenidad y calma, contestó con cierto despecho:

—Siempre te complaces en recordarme hechos que pasaron hace tiempo.

—Te los recuerdo para que no ignores que sé todo lo que valen tus protestas de amor—advirtió Eutima sonriendo, al mismo tiempo que leia algunas líneas de las tabletas.

—¿Y crees tú que mis amores de Roma, que no eran mas que un capricho, un pasatiempo de viaje, puedan parecerse al amor intenso, puro, verdadero que consagro á.....

—Mira que curioso hecho trae este libro—dijo Eutima interrumpiendo á su primo.

—Si te empeñas en no oirme—exclamó con disgusto Marcio al verse interrumpido—entonces nunca podré hacerte saber.....

—Sé ya todo lo que tienes que decirme.

—Pero.....

—Escucha este suceso que es muy curioso. "Ayer fueron los dias del pretor Licinio: al volver del paseo, el pueblo se acercaba á él para saludarle: un marinero que llevaba una urraca en la mano se detuvo cuando pasaba, y el pájaro exclamó con acento claro: "*Salve á Licinio, digno pretor de Pompeya.*" El pretor se admiró de la clara pronunciacion de la urraca, y se la compró al marinero en un precio muy fabuloso, con el cual puede atender al sustento de sus ancianos padres."

—Eso no pasa de un plagio servil de lo que le pasó al emperador Octavio.

—¡Oh!..... aquí hay otro suceso sumamente terrible—dijo Eutima que habia fijado los ojos en otra de las tabletas, y estremeciéndose.

—¿Cuál?

—El envenenamiento de un pobre artesano que era modelo de honradez y de virtud.

—¿Y quién le envenenó?

—Dice que se ignora.

—¿Tenia familia?

—No tenia mas que un hijo, que ha jurado no descansar hasta encontrar al asesino de su padre.

—En eso no hace mas que cumplir con un deber.

Eutima siguió recorriendo las demas líneas del libro que, como habia dicho Marcio, constituia la lectura de las matronas durante el tocador.

El orígen de aquella clase de publicaciones es altamente curioso.

En un país como el romano, en el que durante una larga série de siglos nada se hizo que no fuese por el pueblo y para el pueblo, y donde la palabra república habia sido un hecho y no un nombre vano, todo el mundo tomaba un interes vivísimo en los negocios públicos, y deseando saber lo que pasaba, se reunia en las plazas para comunicarse cuanto concernia á la política.

El Senado refrenaba esta ardiente curiosidad haciéndose el supremo dispensador de las noticias del Estado, á fin de que se tuviera exacto conocimiento de aquellas que no podian perjudicar á los intereses del país. Así es, que cuando las cartas de los generales anunciaban alguna victoria ó cualquier otro acontecimiento notable, bien adverso ó bien favorable,

que fuese digno de saberse, se convocaba al pueblo por medio de heraldos, y de lo alto de los Rostros en Roma, y de un punto semejante en las demas ciudades, un magistrado daba lectura á las cartas recibidas de los padres conscriptos.

Al principio del siglo VII, se inventó una publicacion mejor, que no se limitaba á la simple comunicacion oral: se aplicó á las noticias, á los hechos dignos de interesar al pueblo, el modo empleado para los proyectos de leyes, la publicacion por anuncios en un lugar público.

Esta publicacion fué diaria, y las tablas de que se componia, recibió el nombre de *Acontecimientos de la ciudad ó del pueblo romano.*

Allí se trascribian los edictos de los diversos magistrados, las efemérides políticas y judiciarias del *Forum*, la mencion de las ejecuciones capitales, los nacimientos, los casamientos, los divorcios, los funerales de personas ilustres y los anuncios detallados de los espectáculos.

Setenta años despues, César, siendo cónsul por la primera vez, hizo tambien publicar los *Actos del Senado*, que contenian el sumario de las sesiones y las decisiones del Senado.

Los actos del pueblo y los del Senado acabaron por crear una industria análoga á la de los libreros: se copió sus actos, juntándolos para darles mas interes, desarrollarlos y comentarlos sin la gravedad de la publicidad oficial.

Las copias de los *Acontecimientos de la ciudad* formaron desde entonces una especie de libro altamente curioso, en que se mezclaban todos los acontecimientos del dia, y que se vendian á buen precio.

Estas producciones que eran buscadas por todos los que tenian manera de comprarlas, constituian, como he repetido, la lectura favorita de las matronas durante su tocado.

Las tabletas que Eutima acababa de recibir contenian los hechos acaecidos en los dias anteriores.

La hermosa Eutima, no pudiendo sobreponerse á la emocion del triste acontecimiento que habia leido, cerró el libro poco despues.

—Te ha hecho mal esa lectura—dijo Marcio viendo la emocion de su prima.—¡Cuánto mejor hubiera sido ocuparnos del asunto que me condujo á este sitio!

Eutima temió que Marcio quisiera aprovecharse de aquella situacion para continuar pintándola su amor y exijir una contestacion definitiva, y contestó:

—La lectura de ese hecho me ha conmovido, pero no dañado: es una enseñanza para que comprendamos que hay seres destituidos de sentimientos humanitarios; pero tengo que hacer una visita á Ione, y el tocador me espera: hasta despues, querido primo.

Y la simpática hija de Diómedes, haciendo un gracioso saludo, se dirijió hácia el tocador.

Las esclavas le siguieron.

Marcio acercándose entonces á ella, le dijo en voz baja, acompañándola algunos pasos:

—Respóndeme antes de que te alejes: ¿me amas? Sí, ó no.

—Nos observan, y no es tiempo ni sitio oportuno para decírtelo.

—Pues ¿cuándo y dónde podré saberlo?

—Veremos.

Y Eutima se alejó con sus esclavas.

Marcio quedó entregado á la misma inquietud y duda que hasta entonces le destrozaban el alma.

—¡Oh!.....—exclamó despues de un instante de meditacion.—Casi estoy seguro de que

ama á Plinio. Si pudiese averiguar la verdad..... Pero, ¿cómo? ¡Ah!..... Glauco ha llegado á Pompeya y marchará sin duda á visitar á Plinio: son amigos, y se comunicarán los afectos de su corazon: ¿cómo escuchar la conversacion que tengan en su entrevista?..... ¿Cómo?..... Fácilmente..... sí: me ocurre un medio de saberlo todo: comisionaré á Crémes para..... Sí, sí; el medio es infalible..... Si se aman, destruiré su amor..... ¿Cómo?..... Oh..... que tiemble Plinio..... que tiemble!.....

Y Marcio, dominado por el pensamiento que habia concebido, marchó á hablar con su esclavo confidente.

¿Cuál fué el plan que concibió?.....

¿Qué resultado tuvo?.....